

A PIE
DE CALLE



CATALINA
Gayà

AFF / JOSEP LAGO



► Trabajadores de Iberia se manifiestan en la plaza de Sant Jaume, el pasado miércoles.

La plaza de todas las protestas

Era un grupo compacto de pelo gris o blanco y daba la espalda a la Generalitat. Eran unos 50 barceloneses, la mayoría jubilados que gritaban contra el ayuntamiento en la plaza de Sant Jaume. Era jueves y, desde lejos, era raro porque era gritar contra un edificio enorme sin saber quién estaba dentro o si los cristales dejaban pasar el runrún de la calle.

El guardia de la puerta aguantaba estoicamente. Solo dos palabras se repetían en cada uno de los discursos de quien tomaba el altavoz: «CAP» y «Guineueta». Yo llegaba cuando ya estaban ahí. Los Mossos d'Esquadra, al otro lado, habían puesto barreras frente a la Generalitat y se los miraban de lejos, en alerta y con esa rutina ya aprendida que supone ver, casi cada día, a alguien gritando, a un lado o a otro de la plaza.

Inmovilidad escultórica

► El rey **Jaume I** y su consejero **Joan Fiveller**, desde su inmovilidad escultórica, eran los únicos que los miraban de frente. Algunos turistas se detenían para ver qué estaba ocurriendo. Veían gri-

tar a señoras que los sábados han cocinado mil veces macarrones para la familia y a señores y a señoras que, en los años 70, vieron manifestarse a sus hijos, a sus sobrinos, o que tomaron la calle cuando fue necesario.

Un chico colombiano se detenía y daba explicaciones a un amigo: decía que las protestas en Barcelona suceden cada día del calendario. El chico tomaba unas fotos y se iba diciendo que, en este caso, «son abuelos y la calle respeta a los abuelos

El jueves, en Sant Jaume tocaba queja por el cierre de urgencias en el CAP de la Guineueta

aquí y en Colombia». Algo sucedía que cambiaba el sentido de esa manifestación casi en la sombra, casi en un rincón para no molestar el paso, tan pacífica como ruidosa. Una mujer, quién sabe quién, salía del ayuntamiento y dos abuelos la perseguían gritando. La mujer se refugiaba en un taxi dando un portazo. Los abuelos daban golpes a los cristales del taxi. ¿Era la encargada de algo? «No lo sabemos», decían algunas

mujeres. Entonces el grupo se replegaba y se iba por la calle de Ferran en bloque. Yo les pedía que, un segundo, que venía un fotógrafo, pero era la hora de la cena, de los nietos, de regresar a casa, y eso era más importante que la foto.

Me decían que provienen de la Guineueta y de Canyelles, y que llevan más de un año protestando porque, en enero del 2012, les cerraron el servicio de urgencias nocturno y de fin de semana del CAP de la Guineueta, y que ahora los envían al CAP de Horta, donde «no hay transporte público», donde «no hay quien aparque» para quien pueda llegar en coche.

Miquel Abdón, de la asociación de vecinos de Canyelles, me decía, y la gente que nos escuchaba en corrillo se enfadaba, que tanto «el Ayuntamiento de Barcelona como la Generalitat prometieron que reabrirían el servicio, en junio unos y en julio, otros» y que esas promesas –«como tantas otras», puntualizaba– no se han cumplido.

Unas horas de silencio

► El 12 de julio, el Parlament aprobó la reapertura «inmediata» de las urgencias. Hoy se reunirán en el barrio, como cada lunes y cada jueves desde hace más de un año. Desde la calle de Ferran, el jueves, se escuchaban las palabras «CAP» y «Guineueta» y la plaza de Sant Jaume quedaba en silencio. Como mínimo, durante unas horas. ≡